

< Capítulo 8 >

Yacía tumbado boca arriba, mirando fijamente al cielo nocturno. Más allá del hombro del guardia imperial caído, las estrellas brillaban.

Era la primera vez que veía un cielo nocturno tan claro. Una vista que nunca podría ver desde la capital del imperio, Akbaran.

Las estrellas en el cielo nocturno... son hermosas.

Quizás esta escena sería la última imagen de mi vida. Llevaba un rato temblando. La emoción de la batalla se había desvanecido, dejando solo el peso aplastante del dolor y la muerte que me oprimían.

«Maldita sea».

Solo entonces me di cuenta de que tenía un largo corte en el costado. La sangre brotaba a borbotones. Si no tenía cuidado, mis entrañas se derramarían, ofreciendo una vista desagradable.

No estaba en condiciones de levantarme y moverme por mi cuenta. Con mi mano destrozada, intenté presionar la herida desgarrada de mi costado.

Crujido, crujido.

Mis dedos destrozados no funcionaban bien. Parecía que solo empeoraban el desgarro. Olvídalo, maldita sea.





Parpadeé. Muriera o no, las estrellas seguían brillando intensamente. Más allá de ese mar de estrellas se encontraba la Tierra, el lugar donde una vez vivieron nuestros antepasados.

Paso, paso.

Los pasos resonaban. Levanté ligeramente la cabeza y miré hacia delante. No era el único superviviente. Esbocé una leve sonrisa.

—Estás vivo, Luka.

Ilay, al que le faltaba un brazo, se tambaleó hacia mí.

—¿Y los demás?

—pregunté, e Ilay negó lentamente con la cabeza.

—Todos han sido cortados por la mitad, ya sea de lado o de arriba abajo.

Parecía que el aura de la espada del paladín había dado en el blanco. Solo Ilay y yo habíamos sobrevivido.

Ilay se colocó junto a mi cabeza. Arrodillado, miró en silencio al guardia imperial muerto y luego empujó el cuerpo hacia atrás, dejándolo caer.

—Luka, estás gravemente herido. Si esto sigue así, morirás.

—Lo sé, aunque no lo digas.





Ilay comprobó mi estado, pero su expresión era extraña. Su mirada se desviaba hacia el este una y otra vez.

Sí, Ilay Carthica. Tu corazón está en esa dirección, ¿verdad? Ahora es una buena oportunidad. Un «desaparecido en combate» oficial durante una misión... es un final limpio. No sería extraño que no se encontrara un solo cuerpo.

—Luka, yo...

Ilay apretó los ojos y luego los abrió. Giró la cabeza y miró hacia el este. Entendí el significado de esa mirada. Nuestro imperio se encontraba al oeste. Al este estaba el territorio de Corite y Bellato.

Ilay siempre había querido abandonar el imperio. Aunque nunca lo dijera directamente, yo lo sabía.



—Si vas a irte, vete ahora. No pienses en intentar curarme. La unidad de seguimiento llegará pronto.

Me quedé allí tumbado, observando a Ilay. Él me miró con la mirada perdida y luego apartó los ojos.

Paso.

Ilay pasó junto a mí. Sus pasos se hicieron más débiles a medida que se alejaba.



No podía entender los pensamientos ni las acciones de Ilay. Tenía tanto talento como antecedentes que cualquiera en el imperio envidiaría. Su vida estaba prácticamente garantizada para ser un éxito.

Y, sin embargo, Ilay lo estaba abandonando todo para dejar el imperio.

«Por más que lo intento, no puedo entenderte, Ilay».

Pero podía respetarlo. Quería que Ilay viviera como deseaba.

Si tenía suerte, tal vez aguantaría hasta que llegara la unidad de refuerzo.

«Si no, entonces me espera la otra vida».

Respiré lenta y profundamente. Cerré los ojos y luego los abrí, mirando fijamente las estrellas. No era una sensación tan terrible.



Paso, paso.

Los pasos, que se habían desvanecido, comenzaron a acercarse de nuevo. Solté una risa mezclada con un suspiro. Ah, reír duele.

«¿Qué estás haciendo, idiota?».

Miré a Ilay, que había regresado. Se arrodilló, presionó una mano contra la herida sangrante de mi costado y comenzó a administrarme primeros auxilios.

«Quizás realmente sea un idiota, tal como dijiste».



Ilay sonrió con ironía mientras hablaba.

* * *

Una vez que me llevaron de vuelta al imperio, me convocaron de un lugar a otro tan pronto como me recuperé. Parecía que esta misión en el yacimiento arqueológico se había convertido en un asunto importante para los altos mandos.

Incluso altos funcionarios, cuyos títulos solo me daban dolor de cabeza, vinieron a escuchar mi informe. Discutieron complejos asuntos políticos delante de mí, especulando sobre posibles fricciones diplomáticas con la Alianza Sagrada Corita.

Un guardia imperial había muerto y tres cadetes habían perdido la vida. Pero esa no era la razón por la que se estaba armando tanto revuelo. La muerte de soldados imperiales era algo habitual.



Estaba hojeando un catálogo de productos cibernéticos. Lo que tenía ahora eran prótesis temporales de brazos y piernas, que solo me permitían realizar las funciones básicas de la vida diaria. La falta de potencia para el combate me hacía sentir como si estuviera encadenado, con una fuerte sensación de restricción en mis extremidades.

«Encontraron un artefacto en el yacimiento que visitamos. Hay mucho debate sobre quién es su propietario», dijo Ilay. Fiel a su origen en una familia de renombre, estaba bien informado sobre asuntos como este. Parecía que había aprendido mucho de aquí y allá.

Un artefacto arcano.



Recordé el cubo que giraba en el centro del lugar. Había sospechado que no era un objeto cualquiera, pero no me había dado cuenta de que era un artefacto.

«¿Lo han recuperado?».

«Están formando un equipo de recuperación compuesto por expertos. Por ahora, la Guardia Imperial está protegiendo el yacimiento. Vale la pena. Algunos artefactos pueden servir como recursos estratégicos para la nación...».

Ilay siguió hablando sobre el artefacto. Lo siento, pero como no me interesaba, dejé pasar la mayor parte y solo escuché a medias.

«... Si la Santa Alianza no renuncia a este yacimiento histórico y al artefacto, podría estallar una batalla bastante grande. Sin embargo, no se convertirá en una guerra total».



La guerra total era algo que todas las naciones trataban de evitar.

El Imperio Accretia, la Santa Alianza Corita, la Federación Bellato.

Si dos de estos países se enzarzaban en una guerra total, el tercero se llevaría considerables beneficios. Por esa razón, cada nación seguía librando conflictos limitados, conteniendo las pérdidas a niveles manejables.

No era algo que me importara mucho. Bueno, en cierto sentido sí importaba. Pero no me interesaba. Al fin y al cabo, solo era trabajo para los altos funcionarios involucrados en la política.

Lo único que tenía que hacer era luchar cuando me lo ordenaran. Eso era lo que significaba ser soldado, miembro de la guardia imperial.

«La Guardia Imperial...».

Recordé al guardia imperial que había encontrado su fin en el yacimiento de reliquias. Incluso después de que le volaran la cabeza, se movía como un fantasma.

«Un efecto fantasma causado por señales residuales».

El capitán de la Guardia Imperial lo había descartado con esa explicación después de escuchar mi informe. Una respuesta predecible. Y no la respuesta que yo quería.

«Escuchó mis palabras y respondió incluso después de muerto. No fue solo un efecto fantasma».

Las preguntas seguían sin resolverse, rondando en mi corazón. Pero no era tan tonto como para indagar en lo que los superiores no querían responder.

Me encontré perdido en mis pensamientos, incapaz de pasar ni una sola página del catálogo.

«Luka, para el brazo protésico, te recomendaría el modelo F-24 Reus. El periodo de adaptación es corto, por lo que volverás a la acción antes, y su rendimiento es incluso mejor que el que tenías antes».

Ilay se inclinó a mi lado, señalando el catálogo.





Miré a Ilay. Parecía tranquilo. No había huido del imperio; en cambio, había elegido salvarme.

«Ilay, tú...».

«No me arrepiento. Porque, para mí, tú lo vales».

Ilay, captando el significado de mis palabras, respondió. No dije nada más.

* * *

Fue más o menos cuando me había acostumbrado a mi nuevo brazo y pierna protésicos.



Entré en una habitación desconocida.

El espacio era inusualmente luminoso para ser una instalación de entrenamiento de cadetes. Las paredes eran de un tono blanco cálido y había algunas plantas en macetas repartidas por las estanterías. Gracias a la luz del sol que entraba por las ventanas, la habitación era luminosa incluso sin luces.

«Una sala de visitas».

Era un lugar donde los cadetes podían reunirse con conocidos o familiares. Como alguien procedente de un orfanato, era un lugar que no tenía ninguna conexión conmigo.

«Bueno...».



Me rasqué el cuello, mirando al frente. No sabía qué se suponía que debía decir. Sentada frente a mí había una chica que había venido a verme.

Ya sabía quién era mi visitante.

«Lilian Ramoness».

Era la hermana menor de Claude Ramoness, que había fallecido recientemente.

Lilian seguía vestida con ropa negra de luto. Cuando se percató de mi presencia, se puso de pie. Sus ojos entrecerrados le daban un aspecto lánguido.

—Esta no es... nuestra primera reunión, ¿verdad?

Lilian habló con cautela. Asentí y tomé asiento frente a ella.

—Nos vimos en el funeral de Claude.

Me sentí incómodo por muchas razones. Al fin y al cabo, yo había sido el capitán de la misión en la que murió Claude.

«Lo correcto sería aceptar cualquier acusación que ella tenga».

Me preparé mentalmente y esperé a que Lilian hablara. Ella se limitó a mirarme en silencio.





—Claude hablaba mucho de ti, Luka.

Fue un comentario inesperado. Incliné ligeramente la cabeza, expresando mi curiosidad.

«¿Sobre mí?».

«Dijo que tenía un amigo capaz entre sus compañeros. Incluso me preguntó si consideraría conocerte».

Claude había intentado emparejarme con Lilian. Parecía que ya le había hablado de mí en múltiples ocasiones.

«¿Conoces mis antecedentes?».

«Por eso es mejor».

Estaba aún más desconcertado. Como Lilian Ramoness, probablemente podría casarse con un joven de una familia mucho más prestigiosa. En este vasto imperio, sin duda había personas con un pasado más sólido y más capacidad que yo.

«¿Mejor, dices?».

«Significa que hay menos pasos innecesarios entre nosotros. ¿Y tú?».

Lilian se inclinó hacia delante, apoyando la barbilla con ambas manos.





Su enfoque directo solo me inquietaba más. Hubiera preferido el caos directo de un campo de batalla lleno de balas silbando.

—No sé mucho sobre ti, Lilian.

Era el rechazo más educado que podía ofrecer. Entablar este tipo de conversación, que no me convenía, ya me hacía picar la lengua.

—Podríamos conocernos a partir de ahora, ¿no? Yo tampoco sé mucho sobre ti.

Esta mujer no era fácil. A pesar de su expresión relajada, era implacable. Si intentaba deshacerme de ella con demasiada dureza, sentía que estaría dejando parte de mí mismo atrás con ella.

«... Necesito un poco de tiempo para pensarlo».

«Creo que también es una buena oportunidad para ti. Otros te envidiarían, ¿sabes?».

Me estremecí. Condiciones que otros envidiarían...

Reflexionando, no había nada malo en lo que decía Lilian. Era una oportunidad para relacionarme con una mujer de una familia distinguida.

Si quería ascender, necesitaría contactos e influencia familiar. Lilian podía proporcionármelo.

«Ideal».



Para un hombre en mi posición, una mujer como Lilian sería deseable.

... Pero era lo que otros querrían, no lo que yo quería.

De repente, pensé en Ilay Carthica. A pesar de tener todos los privilegios que otros envidiaban, quería escapar del imperio. Siempre había pensado que era una tontería increíble.

«Así que eso era».

Rechazar la propuesta de Lilian sería igual de tonto. Pero en ese momento, quería hacer precisamente eso.

—¿Luka?

Lilian ladeó la cabeza y me miró. Le di mi respuesta.

—Me niego.

Fui breve, sin florituras. Por primera vez, un destello apareció en los ojos de Lilian. Probablemente, mil pensamientos se agolpaban en su mente.

Pum.

Me levanté de mi asiento. Aunque Lilian se sintiera insultada, no podía evitarlo. Si intentaba rechazarla educadamente, tenía la sensación de que se aferraría a mí hasta el final.





Lilian me agarró la muñeca con fuerza, más fuerte de lo que esperaba.

—Debí precipitarme, Luka.

—No, eso no es...

Me interrumpió, sonriendo.

—¡Empecemos como amigos! Volveré a verte.

Me soltó la muñeca y habló, luego salió de la sala de visitas antes de que pudiera responder, mostrándome su espalda.

«... No es fácil».

Murmuré para mí mismo. Era una mujer difícil en más de un sentido.

